

Mitos en torno a la Ley 1420

SE han venido celebrando en los últimos meses algunos actos para conmemorar una fecha más de la Ley 1420. Pero se ha puesto muy pronto de manifiesto que la intención de los organizadores de esos actos se halla dirigida a conservar y aumentar una serie de mitos que se han ido creando en torno a esa Ley: como si ella hubiera sido una nueva era de liberación intelectual, o hubiese significado un auténtico progreso en el espíritu de la educación argentina. Se ha tratado de aprovechar algunos elementos valiosos de la Ley, para querer justificar también el espíritu negativo que informó la sanción de dicha Ley. Se ha tratado de ir aumentando de esta manera una serie de mitos en torno a la Ley 1420, involucrando a la vez lo bueno y lo malo de la Ley, y tratando de abonar lo negativo con lo positivo.

Lo que más es de extrañar es la ingenuidad con que incluso algunos católicos entran dentro de esta mitología creada intencionadamente. Las conmemoraciones dirigidas desde ciertos sectores de opinión y desde ciertos órganos de nuestra prensa, tratan de formar la mentalidad de la masa e incluso la de algunos docentes, los cuales, a pesar de ser católicos sinceros, llegan a creer y aún a alabar ingenuamente la actual Ley de Educación Común, sancionada en 1883, después de un agitado e irregular debate parlamentario.

Es necesario que aclaremos una vez más la situación y que distingamos lo bueno de lo malo, y que no atribuyamos a la Ley actual de Educación Común beneficios que no le pertenecen.

Si es cierto que la Ley constituye un beneficio para el país en cuanto organizó e intensificó la educación primaria, no es menos cierto, que estos resultados no son justamente los característicos de esa Ley. La organización de la educación primaria era un resultado necesario de la evolución y madurez cultural que el país iba adquiriendo. La forma concreta en que la Ley 1420 la llevó a cabo hubiera podido ser sustituida por otra cuya técnica fácilmente la hubiese superado. Pero esto no es lo típico de la Ley

1420. Aún cuando reconozcamos aciertos como el de la intervención de los padres de familia en los Consejos Escolares (Art. 38) o el de la difusión de la cultura por la creación de las Bibliotecas Populares (Art. 66 y 69), sin embargo, aparte de otros aspectos discutibles desde el punto de vista de la técnica y de la política educacional, el espíritu de la Ley, adonde sus defensores y sus opositores concentraron toda su atención y en torno al cual se realizó casi exclusivamente el extenso debate parlamentario, es justamente el sectarismo con que se quiso imponer a toda la Nación una educación laicista uniforme, contra los derechos de conciencia de la mayoría del pueblo argentino.

Los católicos no podemos dejarnos llevar a confusiones, y vemos claramente que lo que pretenden los actuales panegiristas de la Ley 1420 es ante todo glorificar este espíritu sectario y crear una atmósfera sagrada e intangible en torno a la Ley.

Pero la realidad histórica, y los derechos fundamentales del hombre no pueden dar cabida a esta mitología.

No podemos olvidar el espíritu con que fué votada y con que quiere ser mantenida, el cual al tratar de imponer una escuela estatal uniforme y laicista, no sólo ofendía a los derechos y a los sentimientos católicos de la mayoría del país, sino también al derecho fundamental humano de la libertad de enseñanza.

Por lo mismo, en cualquier fecha en que la Ley 1420 sea recordada, ni como católicos, ni como hombres, ni como argentinos, podemos aprobarla ni menos alabarla. Respetamos su vigencia legal, pero declaramos la injusticia interna que en sí misma impone al país.

No podemos desconocer que en conjunto fué y será negativa, es decir que trae al país mayores daños que ventajas. Recordemos las acertadas palabras con que Pizarro terminaba el debate parlamentario sobre la Ley: "Creo que contra todo esto peca la ley que se discute y que ella es bajo todo concepto antipolítica y negativa de los objetos mismos que ella se propone alcanzar".

Por eso, todo recuerdo dedicado a la Ley 1420 es un recuerdo de la necesidad urgente de su reforma.

Reforma para ponerla a la altura de las exigencias pedagógicas actuales.

Reforma para adaptarla más a las necesidades reales del país.

Reforma, sobre todo, del espíritu sectario y negativo con que se quiso imponer al país un tipo de educación común, contra los fundamentales derechos del hombre en su libertad de conciencia y de educación.

La Dirección.